

Mi nacimiento

Nací por accidente en el puerto de Salaverry. Allí acababa de poner su farmacia mi tío Daniel y mi abuela acababa de enviudar. Mis padres residían en Contumazá, un pueblo de la sierra cajamarquina, de donde son oriundos casi todos mis hermanos. Yo todavía «flotaba en la inmensidad del universo. / Era átomo, mínima partícula de estrella perdida en el cosmos. / Aguardaba un claustro materno donde germinar en algún planeta. / Recuerdo el color naranja de la Tierra...» Mi madre en estado grávido realizó el viaje anual de visita que hacía a mi abuela (todavía no era mi abuela), y las lluvias que se adelantaron aquel año le impidieron el regreso oportuno. Los médicos le hicieron ver lo riesgoso que resultaba regresar en meses de tormenta por angostos caminos, tasajeados de precipicios, que conducían a Contumazá. Yo empezaba a vestir, en el interior de la placenta, mi escafandra azul. «Me veía como en un acuario... » Y mi silueta de renacuajo humano se perfilaba a medida que pasaban los días. Esperaba turno para que mi pequeñaja figura de alga, enredada de yuyos, apareciera con salvas en el planeta Tierra. Un varoncito siempre alegre a la familia.

Eran tiempos del apogeo de los puertos. No existía la carretera Panamericana y la gente se trasladaba por barco al Callao para llegar a la dorada Lima. Salaverry era un puerto de casas de madera, lo más parecido a las poblaciones del oeste norteamericano. De madera eran hasta sus veredas. Había más de una vistosa glorieta en lugares públicos. No llegaba aún la electricidad, se utilizaba en las casas y en las calles lámparas y faroles de gas. Tampoco existía agua potable. Repartían el agua cargándola en mulas los aguateros en robustos porongos. Cuando llegó la primera planta eléctrica fue todo un acontecimiento, íbamos todos a mirar esa colosal máquina que estremecía, como un paquidermo de metal, las viviendas. Su



traquetear se escuchaba en todo el puerto. Ocurrió también así cuando llegó el cine, al que acudían los espectadores cargando sus sillas y la película se proyectaba rollo por rollo. A Trujillo se viajaba en autovagón, las góndolas vendrían después. Desde las ventanillas, cuando niños, veíamos regresar agitados, a los veloces arboles. Me los imaginaba volviendo de comprar pájaros y nidos en los mercados de la campiña de Moche, ese pintoresco pueblito norteño.

A este territorio de arenales y remolinos, de barcos que partían a países lejanos, de aves que retornaban en filas infinitas, de muelles, cangrejos y lagartijas, me trajo mi madre. «Mi llanto, al aparecer renacuajo de diminuta forma humana, / fue mi primera expresión de protesta y de hacer silbar las sílabas». Diría que el mar me reclamó y me tendió sus redes. Me despegué de las entrañas de mi madre como pejesapo aferrado a las peñas. La atendió una vieja comadrona que hacía de ginecóloga. Alumbrarme casi le cuesta apagar la vida de mi madre. No bien llegué a sus brazos, a los pocos días, comenzó a consumirse en fiebre. Fue desahuciada por los médicos de Trujillo y tuvieron que llevarla de urgencia a la capital. La vieron muchos facultativos y fueron diversas las opiniones. Fue el doctor Tomás Escajadillo, quien hizo el diagnóstico certero y dio las orientaciones correctas para el tratamiento de la fiebre puerperal, infección difícil de combatir en aquellos tiempos en que no existía la penicilina. «Ha sido un milagro», decía mi abuela (la Mamatola), doña Zoila Amoretti de Osore. Atribuía a sus oraciones el hecho de que se hubiera salvado. Su convalecencia fue larga y delicada, mientras yo pernoctaba en el regazo de mi abuela y succionaba el pecho de las madres que se ofrecían para amamantarme. Se trataba de macizas mujeres del puerto que me ofrendaban sus manantiales de leche.

¡Cómo voy a olvidar a la gente del pueblo que desde mi nacimiento me ofreció las esencias con las que se alimentaría más tarde mi poesía!

